

Claro que no se trata de amar sentimental, confusamente a España en su traducción tópica, patrioterica y coloidal, sino de amarla metafísicamente, con ese afán de perfección que no excluye, sino que supone la crítica constructiva. Para un español de América, sobre todo, se trata de continuar un ideal, el ideal de la Hispanidad con mayúscula, de tal modo que para un hispanoamericano, amar ese ideal es amarse a sí mismo. "La Hispanidad, según Maeztu, no es otra cosa, sino una confianza incommovible en lo que somos, en lo que nos hemos caracterizado a juzgar por nuestras mejores expresiones en la historia, en la cultura y en el espíritu". Esto mismo nos indica que el concepto de Hispanidad está exento de bastardías o de reniegos.

### Antirretórica de la Hispanidad

En algunas ocasiones he admitido ser de aquellos que opinan convencidos de que los términos de nuestra literatura política no sólo pueden prostituirse, sino que se corrompen con harta facilidad. Con el vocablo "Hispanidad" pudiera suceder otro tanto. ¡Cuidado con ello! ¡No dejéis que se burocratice, que en este delito no importa que la vía por donde se perpetre sea oficial, oficiosa u oficialista! Para ello es preciso que quienes, como nosotros, permanecemos insertos en esta nueva religión racial exaltemos permanentemente nuestra plural entidad histórica. Luego, que la fundamentemos con realidades y eficacias, sin las cuales -como sin modernidad- el término Hispanidad pudiera quedar en mera retórica tropical, huero de significación sustantiva.

Esos miles de estudiantes hispanoamericanos aposentados en nuestros Colegios Mayores, esos cientos de aspirantes a técnicos y artesanos que apurarán su preparación en las Politécnicas españolas, según se ha convenido en el paraninfo de la Universidad Laboral de Alcalá de Henares, constituyen una suerte de "batallón sagrado" cuya potencia de fuego habrá que acrecentar día a día. Frente a aquel racismo de "creyentes", que, hace apenas veinte años, se podían contar con los dedos de una mano, hoy cubrimos todos los frentes, alejamos nuestras fronteras geográficas, mandamos ejércitos de locomotoras eléctricas a Colombia, junto con expertos en complejos hidroeléctricos; flotas de barcos al Paraguay, junto con experimentados marinos que explicarán a sus tripulantes los secretos de la náutica.

En el universo que nos toca vivir es más que probable que sean fórmulas hispanoamericanas, fórmulas creadas por nosotros, las que logren sobrevivir como soluciones que España e Hispanoamérica pueden buscar y dar a luz juntas, inspirándose en los patentes designios de una Providencia que las conformó como una sola entidad moral.

## El encuentro hispánico-indiano

Gustavo Eloy Ponferrada<sup>1</sup>

I. Es casi un lugar común en los manuales de historia atribuir el viaje de Cristóbal Colón que culminó con el encuentro de nuestro continente a la apetencia de España de llegar a Oriente para proveerse de especias. Y se ha hecho corriente el tema del maltrato a los indígenas. Una somera reflexión sobre la precariedad de los medios que contaba el siglo XV para la navegación (frágiles veleros, instrumentos primitivos, datos imprecisos, mares desconocidos, vientos imprevisibles, costos enormes) y la magnitud desmesurada de la empresa sólo para proveer a las cocinas de condimentos, basta para pensar que esa motivación es absurda. Y sobre el trato a los indígenas y la "leyenda negra" azuzada ahora por intereses ideológicos ya se ha escrito bastante como para reducirla a sus estrechos límites.

Respecto al primer punto, parece lógico pensar que habría otros motivos más graves para emprender tan riesgosos viajes. Y, en efecto, los hubo y muy serios: fueron de índole política, militar y religiosa. Los archivos europeos proporcionan abundante información, sobre todo el valiosísimo Archivo Vaticano. Bastará recordar algunos datos fundamentales para ubicar el problema en su justo contexto y comprender la situación de Europa en el siglo XV.

Consta que marinos irlandeses trasladaron a monjes benedictinos a Islandia en el siglo VIII; ciertamente estuvieron allí en el año 790 y puede suponerse que antes otros viajeros llegaron a tan lejana isla, habitada desde la prehistoria. A principios del siglo IX la colonizaron los noruegos al mando de Naddot y los suecos dirigidos por Gardar. Después llegaron escandinavos: vikingos, daneses y nobles noruegos deportados. En 981 desembarcaron grupos misioneros católicos noruegos y escoceses; sobre todo fue exitosa la labor de Gissuy y de Hialte. Se formaron comunidades cristianas y en 1056 se creó el obispado islandés de Skalholt, sufragáneo del arzobispado de Hamburgo. En 1106 se erigió otro obispado. La vida religiosa se desarrolló en monasterios benedictinos y agustinos.

1 Miembro de número de la Academia Argentina de Ciencias Morales y Políticas, Miembro correspondiente de la Real Academia Española de Ciencias Morales y Políticas, Socio Perpetuo de la Sociedad Argentina de Historiadores, Miembro de la Pontificia Academia Romana de Santo Tomás de Aquino, Ex-Rector de la Universidad Católica de La Plata.

Desde Islandia llegaron marinos noruegos a Groenlandia, dirigidos por Erik el Rojo que colonizó el sud y el sudeste. El Papado se preocupó porque se enviasen misioneros; en el año 1000 llegaron al sud del territorio. En 1124 se erigió el obispado de Groenlandia con el obispo Arnold, sufragáneo del arzobispado de Lund, entonces Dinamarca y hoy Suecia. Estos datos hacen preguntarse: ¿llegaron los marinos nórdicos al continente? Las sagas vikingas parecen confirmarlo: Leif Erikson, hijo de Erik el Rojo, habría llegado a la gran isla de Baffin, hoy perteneciente al Canadá.

Otra saga más interesante es la de Thorfin Karkseffeni: canta la llegada de éste en el año 1000 a tierras del oeste, que trató de colonizar con más de mil hombres, aunque tuvo que regresar por inclemencias climáticas y problemas internos. Estas tierras podrían ser Terranova o aun la península del Labrador; en este último caso habrían llegado a nuestro continente. Esto ha sido dado por cierto por historiadores noruegos y sobre todo norteamericanos. Pero no pasa de ser una conjetura. El investigador italiano Torcuato Lucca di Tenne demostró en 1968 que la saga de Thorfin es varios siglos posterior al año 1000 y que antes no hay vestigios de esa expedición. El español Antonio Romeu de Armas sostuvo en 1974 que la saga citada repite la historia oriental de Simbad el Marino.

II. La península hispánica tuvo desde muy antiguo pescadores de altura que se aventuraron por el mar Océano: habían llegado hasta Islandia hacia el noroeste y hasta las islas Canarias hacia el sur. En 1350 portugueses y españoles desembarcaron en las Canarias (tal vez las "Islas Afortunadas" de los antiguos, Estrabón y Ptolomeo) y en 1402 Juan de Bethancourt, normando al servicio de Castilla, tomó posición de las islas en nombre del rey Alfonso V, quien lo comunicó al Papa y envió misioneros para evangelizar a los nativos. Las conversiones fueron abundantes, al punto que en 1404 el Papa Bonifacio IX erigió el obispado de Rubicón en la isla Lanzarote, la más poblada.

Por su parte, los portugueses llegaron a la isla de Madera (que en la antigüedad había sido visitada por los romanos) y en el año 1443 comenzaron a costear el Africa, haciendo asentamientos. Conforme al derecho de la época, pidieron al Papa los declararan dueños de los territorios que ocuparan. Y así lo hace Eugenio IV en 1443. Más tarde, en 1482, Bartolomé Diego Cano llegó al Congo y pidió misioneros para evangelizar a "negros pacíficos". Llegaron los misioneros, pero pronto también mercaderes y comenzó la triste "trata de negros", vendidos como esclavos apelando al viejo Derecho Romano. Y también comenzaron los interminables enfrentamientos entre misioneros y mercaderes.

Dos años más tarde, en 1484, el mismo Cano llegó al cabo San Agustín, ya en el oeste de Sudáfrica, y por fin Bartolomé Díaz en 1487 dobló el Cabo de Buena Esperanza, abriendo camino marítimo al Océano Indico y así al lejano Oriente, conocido desde la antigüedad por misioneros y viajeros que habían llegado por vía terrestre. Esto nos hace retrotraer nuestra historia.

En el año 585, siendo Papa Pelagio II, llega la noticia a la Santa Sede que el obispo de Edesa (ubicada en la actual Turquía), Jacobo Zanzala, había enviado misioneros hasta el Asia Central. Pero se trataba de cristianos monofisitas (herejes condenados por el Concilio de Calcedonia por sostener que Cristo sólo tenía una naturaleza, la divina). Al parecer habían sido bien recibidos por los tártaros, enemigos mortales de los musulmanes que habían comenzado su conquista del mundo.

Bajo el mando de Omar, los ejércitos islámicos habían conquistado en el año 640 Siria, Palestina y Egipto. Más tarde se apoderaron de Persia y de Armenia. Entre los años 692 y 700 el Islam se extendió: apoderándose de Túnez, Argel y Marruecos tuvieron en su poder todo el norte de Africa. Por traición del conde Julián, enemigo del rey Rodrigo, penetraron en España al mando de Tarik en 711.

El avance fue fácil y en dos años los mahometanos habían dominado casi totalmente la península, avanzando sobre Francia. Por su parte el califa Ortok se apoderó en 1086 de Jerusalén y persiguió cruelmente a los cristianos. Los Papas pidieron insistentemente a los reinos cristianos liberar los Santos Lugares. Finalmente se organizó la primera cruzada en 1096. Tras derrotas parciales y traiciones internas, Godofredo de Bouillon entró victoriosamente en Jerusalén en 1099 y fue proclamado rey. A la vez se establecieron reinos cristianos en Siria y en Edesa. Sin embargo, los franceses no resultaron simpáticos a los nativos cristianos.

Para apoyar el reino latino de Jerusalén se organizó una segunda cruzada en 1149; pero disidencias entre los jefes hicieron regresar las tropas sin llegar a Tierra Santa. En 1187 cae dramáticamente Jerusalén por segunda vez en manos musulmanas. El Papa Clemente III organiza una tercera cruzada; tras victorias parciales murió accidentalmente el emperador Federico Barbarroja; a la vez se enfrentan los ejércitos franceses de Felipe Augusto y los ingleses de Ricardo Corazón de León, luchando entre sí. Sólo se logró una franja de terreno para permitir a los peregrinos llegar a Tierra Santa.

Corrían los años y los Papas pedían auxilio a los reinos cristianos. Siguiéron cuatro cruzadas más, sin éxito, sobre todo por envidias y disidencias internas. El imperio islámico se imponía; los cristianos estaban encerrados en Europa cada vez más amenazada. Era indispensable una

ayuda externa. En 1453 cayó Constantinopla, el último enclave cristiano en Oriente. ¿Sería posible una ayuda oriental?

III. Los mongoles, que durante siglos estuvieron enfrentados con los chinos, lograron organizarse bajo el mando de Gengis Khan, quien en 1211 llegó hasta Pekín, que le fue entregada en 1215 por el emperador Kin. Marchó luego hacia Occidente, a atacar a sus otros adversarios seculares, los turcos, dominando la zona del mar Caspio. Sus tropas avanzaron hasta Bulgaria. El Papa Honorio III, que conocía la tolerancia mongola con los pueblos que conquistaban -pese a la fama de barbarie que le atribuían los turcos- le envió una embajada, pidiéndole retirarse de Europa, en 1211. Así lo hizo. Pero murió en 1227 y los tártaros, que pertenecían al imperio mongol, ocuparon Bulgaria y Hungría en 1237; el mongol Batuh Kahn llegó a Alemania y Polonia. Desde Georgia se pidió al Papa que interviniera, pero Gregorio IX debía afrontar la embestida del emperador Federico II y si bien prestó gran importancia al problema no pudo realizar nada efectivo. En Oriente seguía la lucha de los mongoles con los musulmanes, a quienes Malegu Khan quitó la poderosa ciudad de Bagdad.

Tal vez este hecho fue el que movió al rey Pedro de Rusia a pedir al Concilio de Lyon, que presidía el Papa Inocencio IV, que tratara de pactar con los mongoles. En 1245 el Papa envió a Juan Pian del Cárpine y a Benito de Polonia a tratar con el Khan Odogai, aliarlo a los europeos amenazados por los musulmanes y si es posible convertirlo al cristianismo. Fueron bien recibidos y hasta el teólogo Adam Marsh difundió la noticia de que se había convertido. En realidad no sucedió así. Odogai falleció poco después y los embajadores asistieron a la elección de su sucesor Goyuk Khan, su hijo.

En 1252, Inocencio IV envió al franciscano Guillermo de Rubrouck a tratar con el Gran Khan, pero Goyuk había muerto. Reinaban en Bagdad Halagu Kahn y en Pekín Manghu Kahn; a éste lo encontró en Karakorum. Era el amigo de Marco Polo, cuyos pasos siguió más tarde Juan de Pontecorvino, misionero franciscano que logró miles de conversiones. El Papa Nicolás IV lo nombró Arzobispo de Pekín y Bonifacio VIII envió misioneros con anuencia del Kahn. En 1316 visitó al Arzobispo el mercader Oderico de Pontecorvino, que había vivido años en Oriente, y llevó a la Santa Sede detallados informes. Había relaciones entre el Papado y los Kahnes.

IV. Desde la antigüedad Europa tuvo relaciones con otro mundo oriental, la legendaria India. Hasta ella llegaron griegos y persas; Alejandro Magno, en el siglo IV antes de Cristo; viajaron mercaderes y misioneros;

filósofos hindúes, los "gimnosofistas", enseñaron en Alejandría. Había grupos cristianos nestorianos (negaban la maternidad divina de María) con alguna relación con el cercano Oriente y poca con los reinos católicos. Las noticias que llegaban se mezclaban con fantasías. Se hablaba de la veneración al sepulcro y los restos del apóstol Santo Tomás.

Dos dominicos, Bernardo el Peregrino y Enrique de Morungen, predicaron en la India a mediados del siglo XIII. Habían oído de la tumba del apóstol y de un rey cristiano nestoriano, el Preste Juan. En 1122 un sacerdote nestoriano relató al Papa Calisto II el culto rendido a Santo Tomás y la iglesia dedicada a él donde descansaban sus restos. En 1141 Otto de Frisinga narró cómo el emperador Juan había derrotado a los mongoles en la India. Varios reyes europeos, entre ellos Manuel II de Bizancio, recibieron una carta firmada por el Preste Juan. El rey de España aparece mencionado en la carta que circuló en 1165.

La idea de pactar con la India para vencer a los musulmanes revivió cuando las tropas de los mongoles al mando de Tamerlán invadieron ese territorio. El rey español Enrique III le envió como embajadores a Fernando de Palazuelos y Pelayo de Sotomayor, quienes presenciaron la derrota del sultán Bayaceto en 1402 y llevaron a España dos cautivas de los turcos, María Gómez y Angelina de Grecia, junto con regalos para el rey. Este a su vez le agradeció enviándole un nuevo embajador, Ruy González de Clavijo, con dos secretarios, Gómez de Salazar y el padre Páez de Santamarina.

En 1340 se difundió una novela, "*Le Roman de Mandeville*", que narra un viaje alrededor del mundo con lujo de detalles geográficos asombrosamente exactos, sin duda tomados de relatos de viajeros y misioneros; entre las costas orientales de las Indias y las del oeste africano se mencionan tierras firmes. Diez años después, un franciscano anónimo publica un "*Libro del Conocimiento*", especie de síntesis enciclopédica: aparecen entre las costas atlánticas del África y las del Asia una cadena de islas que van de polo a polo: más al oeste está Cipango (Japón) y Catay (China), separadas por un mar.

Lo notable es que ambas descripciones responden al "*Almagesto*" de Claudio Ptolomeo, astrónomo y geógrafo del siglo II que había descrito esa serie de tierras entre el mar Océano y el Indico, del que las separaban un gran mar. La obra, escrita en griego, se titulaba "*Megale Syntaxis*"; al traducirse al árabe y del árabe al latín inspiró a los geógrafos medievales. Sin duda se basó en ella Paolo Toscanelli, que en 1460 propuso a los portugueses llegar a la India navegando hacia el oeste para pactar con el Preste Juan o sus descendientes. Ese año se había presentado al Papa Pío II una embajada oriental, a la que se agregó un delegado del Preste Juan que resultó un falsario. Es curioso, sin embargo, que un

italiano de veracidad indudable, Nicoló dei Conti, de regreso de la India había narrado que allí se hablaba del Preste Juan, en 1440.

El rey Juan II de Portugal prefirió enviar legados a la India costeando el Africa. Cristóbal Colón, al servicio de Portugal, había viajado a las Canarias, a Irlanda y muy posiblemente a Islandia; conocía la versión latina del "*Almagesto*" y las propuestas de Toscanelli. Se ofreció sin éxito para realizar el viaje a las Indias por el Atlántico y finalmente, con la ayuda de amigos sacerdotes, logró convencer a los Reyes Católicos. Fue designado embajador ante el Gran Kahn, el enemigo de los musulmanes. El resto es conocido: partió de Palos con tres carabelas, dos cedidas por el municipio y otra alquilada.

Colón llevaba un mapa de Enricus Martellus Germanus, de 1489, en el que aparece entre el Atlántico y el Indico una gran lonja de tierra cuyas costas son asombrosamente similares a las de nuestro continente. Sólo que las medidas seguían la milla árabe, cuatro veces mayor que la milla genovesa usada por Colón. De ahí que al llegar a las Bahamas creyera estar cerca de Cipango (Japón). Tras tocar varias islas buscando salida al oeste, estableció en la Hispaniola (hoy Haití) un enclave español construido con ayuda de los indígenas, que en todo momento se mostraron amistosos. Y regresó a España, aunque primero los vientos lo llevaron a Portugal.

V. Es ley de la historia que cuando se encuentran dos culturas la más completa absorbe a la menor, quedando de ésta los aspectos folklóricos. Pero pueden fácilmente surgir choques violentos. En su segundo viaje, en 1493, Colón descubrió las Antillas, que recorrió con su gran flota de diecinueve barcos en los que viajaban trece sacerdotes misioneros. Al llegar al puesto español de Haití encontró a los treinta y nueve españoles asesinados. Nunca se sabrá qué sucedió. Decidió quedarse para colonizar y evangelizar la isla, con escaso éxito. Después de casi tres años, en 1496 regresó a Cádiz con cuatro carabelas; las otras habían vuelto dos años antes. Unos estaban quejosos, otros relataban fabulosas noticias sobre especias, frutos y hasta tesoros.

Un mercader florentino, Juanoto Berardi, había pactado con el rey Fernando fletar por su cuenta doce navíos. Al llegar Colón con un grupo de indígenas, unos para estudiar y luego transmitir conocimientos a sus congéneres, otros como prisioneros por atacar a los españoles, Berardi quiso comprarle los cautivos. Pero el Rey Católico no lo permitió sin antes consultar al Arzobispo Fonseca, encargado de la evangelización de las tierras nuevas, y a juristas y teólogos. El argumento de Berardi se basaba en un permiso del Papa Nicolás V al rey de Portugal de vender como siervos a los musulmanes capturados en guerra. Se hizo un proceso

para averiguar porqué estaban prisioneros; finalmente el Rey autorizó a Colón a entregar algunos indígenas a Berardi, no a venderlos.

Enterado el Papa Pablo III, declaró en 1500 que los indígenas eran seres racionales y por lo tanto no podían ser vendidos. En 1501 el rey Fernando decretó que los indígenas "son hombres libres y vasallos de la corona española"; como tales se los debe respetar y tratar de evangelizar. En 1503 ordena a los españoles pagar a los indígenas por su trabajo y darles el sustento debido: deben "ser tratados como personas libres y no como siervos". En 1511, ante el Consejo de Indias, declara solemnemente que el principal intento y preocupación suya, que debe ser la del Consejo, es la evangelización de los indígenas.

Aún más claro es el conocido testamento de Isabel la Católica; la única intención que tuvo respecto a los habitantes de las nuevas tierras fue inducirlos a abrazar la fe católica e instruirlos debidamente. Ya en las instrucciones a Colón en su segundo viaje, en el que iban misioneros, se ordena "que se trate bien amorosamente a los indios sin que les hagan enojo alguno, haciéndoles las mejores obras que puedan" y esto con el fin de "atraer a los moradores de dichas tierras a que se conviertan a la fe católica".

Por desgracia no todos comprendieron así las cosas. Hubo abusos, denunciados por los misioneros. Precisamente un sermón del dominico Antonio de Montesinos movió a Bartolomé de las Casas a ingresar en la Orden y trabajar incansablemente por los derechos de los indígenas. Su cofrade Francisco de Vitoria, independientemente de las exageraciones que acusaban los colonos españoles hacer a fray Bartolomé, estableció, siguiendo los principios de Santo Tomás de Aquino, el más fundamentado tratado de los derechos humanos (que inspiraron las leyes de Indias). Pero es evidente que el hecho de que haya leyes no implica su cumplimiento.

En conclusión, más que un descubrimiento, hubo en 1492 un encuentro no casual de dos culturas; su motivo no fue un riesgoso viaje en búsqueda de condimentos sino de alianzas políticas y militares contra la amenaza islámica, que no se logró. En cambio España brindó al nuevo mundo su brillante cultura, su riquísima lengua y su acendrada fe. La codicia o los abusos que sin duda se cometieron y que intereses ideológicos o políticos se complacen en subrayar, no oscurecen esos bienes de magnitud inconmensurable.